

Letino

Desde la ventana, Campaci sólo pudo distinguir el cuerpo delgado de un muchacho, como de veinte años o menos, que vagaba por la calle siguiendo el dibujo de las piedras. No era curioso que lo mirara en ese momento (Nora acababa de decir que el depósito del baño perdía agua), lo verdaderamente curioso era el uniforme; algo que, después de un minuto, hacía aparecer la imagen del muchacho como interpolada entre los edificios, como si hubiera sido el fruto de un equívoco. Tal vez la inclinación de la luz, el sol quebrado por el monte o la mole pedregosa del *palazzo* Porti, a sus espaldas. Campaci no supo, pero había algo vagamente confuso en la imagen, como si al verla no se comprendiera del todo la realidad.

Al rato pensó que era un vicio gratuito otorgar sentido a imágenes tan fugaces, tan alejadas de él, y que por fin, después de casi un mes de haberse abarrotado de ciudades europeas, ruinas y madonas renacentistas, tenía su habitación en el Hotel Samnita y podía mirar hacia afuera, hacia los grandes bancos y las columnas de la plaza, como alguna vez, en la infancia, habría hecho su propio padre.

Entonces ya no importaba el recuento de dólares, libras, ni la alarmante anemia de la tarjeta de crédito. Tampoco importaba Nora, que toda la semana (Campaci lo supo por sus ojos, porque al mencionar el viaje se le agrandaban los enormes ojos grises) había soportado la idea convencida de que era ridículo desperdiciar los únicos días libres del *tour* en un pueblito de montaña.

Sin embargo Campaci había ganado: en la madrugada de ese día, después de recorrer cientos de kilómetros de montes, bosques, rebaños de ovejas y pastores, habían cruzado el viejo puente de madera sobre el río Lete. Cuando subían por la primera calle, lo había sorprendido la manera violenta, desnuda, en que resumía la vida de su padre: una valijita colorada, en una dársena del puerto de Buenos Aires, veintiocho años y tres heridas de guerra confundándose con la multitud.

Después tuvo la inexplicable sensación de que hasta en el aire del pueblo perseveraba un acto de reverencia, de lealtad, como si cada piedra hubiera continuado el viejísimo rito de vasallaje con el castillo ruinoso de la cumbre. Y en vez de sentir que visitaba, sintió que estaba de regreso. En el atropellamiento de imágenes que permitía el micro, confundiendo tiempos y espacios, había vuelto a las mañanas de escarcha

en Villa Crespo; a los *Particulares 30* que siempre iba a comprarle, previo ensayo de vueltos en el patio, al kiosco de la calle Lavalleja; o al borde de una pileta de loza, donde tantas veces lo había mirado en pijama, con una navaja en la mano y la cara llena de jabón, para preguntarle si él también, de grande, iba a afeitarse.

Ahora, Campaci se cansó de esperar a su mujer. Bajó solo hasta el bar y se preocupó de conseguir una mesa frente a la ventana. Reconocía el escudo de bronce del *Comune*, el antiguo edificio de la cárcel y un fragmento de la plaza. Fugazmente, notó la ausencia del muchacho.

Nora tardó demasiado en bajar de la habitación. Tardó exactamente tres cafés y el trabajoso trámite de comprar un planito del pueblo a un viejo inescrutable. Después fue lenta en el almuerzo, y más lenta aún para subir a ese micro con el que, por fin, visitaron la iglesia, el cementerio del siglo XI y el castillo semiderrumbado.

Campaci se demoró en los graneros señoriales, en las caballerizas, en las celdas de una pequeña capilla donde estaban los restos de toda una familia noble. Después se alejó del grupo y de Nora para mirar el pueblo desde un promontorio. No habría podido explicar a nadie aquello, pero él había visto ese paisaje, allá, en una piccita gris de Villa Crespo, en boca de su padre. Había visto el azul diáfano del lago, los bosques de abedules, la gran cumbre del Matese envuelta en brumas y aquellos pequeños tejados en declive, amontonándose sobre las piedras, alrededor de un modesto campanario que llamaba a misa hacía más de cuatrocientos años. Todo encintado por el viboreo cristalino, restallante, de un dulce riachuelo sin memoria. Y así, mirando el pueblo como quien se mira las venas, entró nuevamente en los recuerdos. Revivió con los mismos ojos aquellas viejas historias de campesinos, de noches, de aullidos de lobos en el bosque, de tíos, primos, abuelos, todo lo que en Villa Crespo se había ido borrando después de la muerte del padre, transformándose en un retrato sobre el aparador de la cocina, en una escuela nocturna, en clases de contabilidad, en la monótona desilusión de llevar siempre unos pesos a la casa.

El resto de la tarde se perdió dentro del hotel. Campaci volvió a quedarse en el bar (Nora había decidido bañarse a toda costa, aunque hubiera poca agua) y a mirar constantemente hacia la calle. Entonces, sin explicarse cómo ni en qué momento, se topó de pronto con el muchacho, puesto de cuclillas junto a una criatura, ante un cordón desaparejo de flores. A Campaci lo atrajo la figura de esa nena, tan agachada que la bombacha blanca, asomando debajo de la pollerita, casi tocaba el suelo. Tenía las manos aparatadamente entrelazadas, como solamente puede hacerlo una criatura, y miraba las flores con asombro, delante de los grandes borceguíes del muchacho. Al rato, apareció una mujer vestida de luto, con una mantilla oscura sobre los hombros. Alzó a la nena, pareció decir algo duro al muchacho, y se alejó por una calle transversal. Campaci pensó en la mujer y en la variación de otra imagen, una que había visto durante años, envuelta en los malvones del patio, en Villa Crespo. «Cualquier mujer de luto se le parece», pensó, porque esa ropa anticuada, los pobres zapa-tones, la mantilla oscura, habían sido el patrimonio de un millón de mujeres como su abuela.

El muchacho se quedó de pie, mirando la figura cada vez más lejana de la mujer. Y Campaci volvió a inundarse de ese signo secreto, equívoco, que infundía la luz en su uniforme.

Signo que terminó diluyéndose con la llegada de Nora, con el pelo todavía mojado de Nora acercándose a su mesa, diciendo que la ducha apenas si sudaba un goteo de desesperación, que tenía jabón hasta en la hipófisis y no veía la hora de estar en Madrid para ver a su tía Consuelo.

Después, en el comedor, los dos se trenzaron con un bodrio difícilmente masticable, mezcla de grasa de cerdo y zapatería italiana, que la cocina del hotel había bautizado «Assato all'Argentina» en su honor. El café se sirvió en una salita más íntima, y no nos pueblerina. Campaci se quedó con su taza a medio camino de la boca, mirando una pintura que decoraba una pared. Y fue como algo roto, como una grieta en los ojos, recién entonces descubierta, ver aquellas pinceladas crudas formando un desfiladero y un prado hirviendo de ejércitos antiguos, tiendas de campaña y estandartes.

—Las Horcas Caudinas —dijo.

Nora levantó una ceja, miró la pared y siguió con su café. Pero Campaci acababa de recordar algo. Recordaba a su padre, la mano de su padre envolviendo la suya, y una lámina en una librería de Chacarita. Con asombrosa nitidez reprodujo la larga fila de soldados agachando la cabeza.

—¿Vos sabés quiénes eran los samnitas? —preguntó.

Nora lo miraba, elaborando su escueto e infalible mohín de impaciencia.

—Hace diez años que me lo venís contando.

Pero había algo que Campaci nunca había contado, un episodio que necesitó enterrar desde muy chico. Su padre lo había llevado de paseo por Chacarita. (Ya estaba enfermo; podía notarse en el paso, levemente rígido, y en la mirada gris.) En la librería, le mostró una lámina donde había soldados romanos desarmados, que pasaban debajo de una horqueta fabricada con lanzas, ante una multitud de soberbios enemigos. «Esos —le había dicho— son los samnitas, humillando a los romanos que les hacían la guerra. Los samnitas eran de mi pueblo, y pelearon más de cien años antes de que les ganaran los romanos».

Campaci miró a su mujer, el perfil un poco fatigado de su cara, emergiendo de la maroma de pelo oscuro, y siguió para sí mismo el resto de la historia. Escuchó su propia voz pidiendo la lámina y preguntando, al rato: «Papá, por qué somos pobres». «Porque no tenemos plata, hijo». Su padre sonreía. Entonces volvió a pensar, exactamente como entonces, que eso no explicaba el ser pobres, lo definía, pero no decía por qué aquella lámina con los samnitas iría a parar a otro chico o a la basura y no a él, que era hijo de un samnita.

Su padre, la cara gris de su padre, recordó entonces que una vez, a principios de la guerra, le había regalado a un argentino una estampa con esa escena. Era también una acuarela, pero del tamaño de una postal. Y había terminado su relato con unas

palabras que a Campaci lo pusieron peor: «Si no se la hubiera dado a él —le dijo— ahora te la quedabas vos».

En el camino de vuelta, Campaci preguntó si no podían buscar a ese hombre para que les devolviera la postal; si no estaría la dirección en la guía de teléfonos; si no podía decirle, por lo menos, cómo era. Imaginaba a su padre más joven, el brazo musculoso agitando una espada, la coraza de bronce desafiando a los romanos, y en cada hombre, por todas las calles de Villa Crespo, había tratado de ver al argentino que tenía su postal.

—Qué habrá pensado mi viejo —dijo después de un rato— para irse de un lugar así.

Nora no contestó, o contestó a la manera suya: una leve inclinación de la cabeza, la mirada desde abajo, los labios afanosamente cerrados.

Campaci buscó en el mapa la ubicación de la casa de su padre. Tardó bastante, porque muchas de las calles que había oído mencionar tenían otros nombres y otras habían dejado de existir para siempre después de algún bombardeo. Pero además, porque él tenía una idea más que imprecisa del sitio. Al fin, hizo un circulito sobre el mapa, lo rellenó con una pequeña cruz y dijo:

—Acá está: *Corso Marconi* y *Via dei Poveretti*.

Volvió a contar, también por enésima vez, el aspecto que la casa de su padre tenía en las fotografías. El gran techo gris, a dos aguas, las ventanas del primer piso, los gruesos arcos de los almacenes, cavados en la roca viva.

Nora dijo que fueran a la cama, que ahí le iba a mostrar lo que era roca viva. Campaci decidió tomar otro café y subir al rato. Cuando la espalda de Nora desapareció en el primer piso, salió del hotel como quien se arranca un vendaje. Había decidido algo unas horas atrás, pero todavía no se daba cuenta. Sólo percibía el aire filoso de la noche, el hondo derrame de estrellas sobre las piedras y la rara quietud, como un estancamiento, que perpetuaba en todo su enigma los viejos edificios. No encontraba la esquina de la casa, pero estaba dejándose llevar por esa red de estrechas callecitas sin veredas, casi ahogadas bajo el peso de tantos aleros y balcones. Emocionado, confuso, subió y bajó escalinatas que morían en patios de piedra, caminó por pasillos para desembocar en pasadizos ciegos de los que sólo guardó la impresión de una ventana iluminada, una cariátide rota, y aquella luna redonda, repentinamente pálida, incapaz de ahogar a las estrellas, que bañaba apenas un portal antiguo, una inscripción en latín o el aleteo inmóvil de un águila sobre su columna romana. Al mismo tiempo, un recuerdo demasiado dormido iba subiéndole a la memoria, a veces fragmentado; por momentos, luminoso como la revelación de Dios. Campaci se sentía vivo, se sentía solo y vivo y enormemente ansioso de gastar esa vida, mientras el recuerdo de una placita de Buenos Aires terminaba de armarse en su memoria y le hablaba de una tarde invernal, un grupo de hamacas embarradas y un viejo con un enorme atado de globos. Ahora podía recordarlo: el día más hondo de su vida, cuando acompañó a su padre al hospital para que lo revisaran, después de la operación. En realidad no había querido hamacarse, ni tener un globo, sino simplemente estar con él,

porque había escuchado algo en el pasillo del hospital, veinte días antes, y creyó que iba a morir en la operación. Tampoco había podido hablar; sólo tenerle la mano, para que pasara el tiempo, todo el tiempo del mundo. Su padre lo había entendido. Después de un largo hueco de silencio, le preguntó:

—¿Cómo te llamás?

—Alberto.

—¿Y el apellido?

—Campaci.

—¿Y qué quiere decir «Campaci»?

El no sabía. Sólo sabía que su padre tenía una voz extraña esa tarde, una voz muy baja, de secreto, una voz infinitamente dulce.

—En el dialecto de mi pueblo, quiere decir: «Vivid». «Vivan».

Después habían hablado de Italia, de un lago y unos bosques y Campaci creyó ver en la tarde, y en ese banco donde hablaron, los signos más evidentes de algo cercano a la resurrección.

Al fin, seguro de estar irremediabilmente desorientado, Campaci desembocó en una cuadra, algo así como un enorme mercado al aire libre, donde había una fuente y grandes argollas de hierro, que siglos atrás habrían servido para amarrar carros o mulas. Al fondo, los arcos de sombra de un edificio y una especie de tablado monumental e inexplicable, que bien pudo haber sido un teatro o un patíbulo, rodeado por gruesos bancos de piedra.

En uno de los bancos, Campaci descubrió al muchacho.

Era difícil ver en la penumbra, pero pudo componer la imagen de su cuerpo sentado, las manos escondidas en los bolsillos de un enorme sobretodo, una gorra o algo parecido cubriéndole parte de la cara y la chispa de un cigarrillo entre los labios. Casi al mismo tiempo, un anacrónico cartel, sobre un muro, que decía: «Mateotti vive».

Campaci contuvo la angustia. Solo, perdido en las calles de un pueblo perdido, ante la soledad de un muchacho en cuya estampa intuía algo desplazado, al margen de todo. Ensayó un par de veces su italiano básico y caminó hasta el muchacho. Dijo:

—Perdone, podría indicarme el camino al hotel... —no alcanzó a decir «Samnita».

El muchacho se había puesto de pie y Campaci supo que tenía que sentarse. Miró la boina, el distintivo del *Grupo Folgore* de paracaidistas, el sobretodo demasiado grande para su cuerpo. Otra vez el cartel: *Mateotti vive*, y la expresión de esos ojos, la nariz aguileña, la forma peculiar del labio inferior, partido al medio por una leve cisura.

Era increíble. Campaci recordó fotografías y tantas historias narrando el hambre de los sitios ocupados en Albania, la encandilada sed de una marcha y contramarcha por los desiertos de Africa, las heridas, los hospitales, la ocupación alemana de su tierra. Y de golpe tuvo la extraordinaria revelación de que había llegado a un pueblo hecho de tiempo, de un oscuro y cíclico tiempo de eternidad, dócil e inmutable como el alma de esa noche.

El muchacho dijo, en un italiano límpido: